



GONZALO PONTÓN

ESPAÑA

Historia de todos nosotros
desde el neolítico hasta el coronavirus



PASADO & PRESENTE
BARCELONA

PRÓLOGO

Para tratar de comprender la evolución de los hechos humanos en el tiempo —el objetivo de la historia— hay que partir del conocimiento del mundo actual, de los problemas de la sociedad presente, de las preocupaciones concretas del historiador y de la información previa de que este dispone, es decir, de la historiografía misma.

Es, desde luego, lo que he pretendido hacer con este libro. No tanto por mi formación académica de historiador, como por los muchos años (más de medio siglo) de creación editorial leyendo, corrigiendo, rechazando, encargando y, finalmente, publicando libros de historia y de ciencia en general. No tantos como hubiera querido, porque he tenido que renunciar a muchos por diversas razones, siempre con un punto de angustia y siempre consciente de que mi decisión de publicar, o no, un libro tenía consecuencias para el conocimiento, pero he aceptado la carga de esa responsabilidad. Puedo decir, sin embargo, que casi nunca la he afrontado en solitario: he tenido la fortuna de contar con la colaboración, con la amistad, de grandes historiadores que me han ayudado a entender cuando yo no era capaz de hacerlo. Nadie tanto como Josep Fontana, con quien compartí muchos años de trabajo y de formación como historiador y como editor. Pienso sobre todo en los difíciles años del franquismo, en las décadas de los 60 y 70 del siglo XX, cuando a las dificultades de la censura política había que añadir por lo menos una doble cautela: desenmascarar a los historiadores franquistas que, intuyendo el cercano final de su carrera al servicio del régimen, intentaban hacer pasar por aportaciones innovadoras a la historia de España productos engendrados en los manuales de Aguado Bleye o de Antonio Ballesteros, o monografías reaccionarias adornadas con apelaciones a la democracia y aligeradas de montañas nevadas y de banderas al viento. Pero, por otra parte, también había que saber decir no a jóvenes historiadores antifranquistas ansiosos por publicar sus trabajos, deudores de unas tesis que ellos creían marxistas y revolucionarias pero que procedían de lecturas urgentes

de folletos y catecismos pseudomarxistas que en las postrimerías del franquismo enajenaron las facultades de Filosofía y Letras, Económicas, Derecho o Ciencias Políticas. Todo eso no dejaba mucho margen, pero creo que se pudo hacer frente a aquella doble amenaza intelectual recuperando, por un lado, obras fundamentales en la historiografía española y mundial que no habían podido circular libremente, lo habían hecho en ediciones no venales o no habían sido traducidas al castellano y, por otro, buscando en las universidades españolas y en las de todo el mundo aquellas aportaciones de gentes —jóvenes y no tan jóvenes— que investigaban sin urgencias vitales ni políticas, como era el caso de los historiadores marxistas británicos.

Tal vez por eso se ha podido escribir que, para varias generaciones de universitarios, los títulos que yo publicaba constituían un punto de referencia de la cultura radical y propiciaban la toma de contacto con la historiografía internacional más solvente y estimulante, y que recomendar o leer cualquiera de ellos «era una apuesta segura para todos aquellos que participábamos de una misma concepción de una historia comprometida con el cambio social». También una historia comprometida con el cambio social en España. Desde la pequeña maravilla que será siempre la Historia de España, de Pierre Vilar, hasta la monumental Historia de España en 12 volúmenes dirigida por Josep Fontana y Ramón Villares, pasando por hitos como Carlos V y sus banqueros, de Ramón Carande, El conde duque de Olivares, de John Elliott, La formación del feudalismo en la Península Ibérica, de Abilio Barbero y Marcelo Vigil, Pequeño capitalismo, gran capitalismo, de Felipe Ruiz Martín, La República española y la guerra civil, de Gabriel Jackson, o La guerra civil española, de Antony Beevor, por citar solo un puñado de títulos indiscutibles.

Este bagaje, pues, es el que me ha llevado a escribir este libro de síntesis y a escribirlo desde el conocimiento y la reflexión que he podido alcanzar con las obras de historia que he publicado, pero también con las que leí en su día y decidí no publicar. Lo advertirá el lector curioso en la bibliografía que aparece al final del volumen: la mayoría de los títulos que se citan ahí se editaron en Ariel, Crítica o Pasado & Presente. Espero que eso se pueda valorar como una prueba de coherencia intelectual, no de empecinamiento sectario. En todo caso, lo que sí puedo asegurar es que, siguiendo la metodología homologada, me he atenido estrictamente a los hechos sobre los que hay un claro consenso científico y que son el resultado de generaciones de estudiosos especializados.

Por descontado que este libro no es literalmente una historia de todos nosotros, como reza el subtítulo. Ni tampoco es una historia de todos nosotros. No, de lo que se trata aquí es de hacerle ver al lector que lo que me

interesa —lo que interesa— es el papel de hombres y mujeres que, constituidos en sociedad, unas veces cooperando y otras enfrentándose, han vivido en España desde el neolítico hasta el coronavirus, que son los límites temporales de este libro. Y no me interesa tanto una clase social precisa, ciertos grupos de poder, determinadas personalidades o viejas y nuevas instituciones. Por eso he tratado de escribir este libro desde la mirada de la mayoría de la población, poniéndome en la piel de las clases subalternas, es decir del 95% de la gente que ha formado la sociedad española a lo largo de los siglos. Esa elección no solo es razonable, sino funcional, porque, al partir de los problemas de una mayoría tan extensa, el historiador se ve obligado a ampliar el foco de su análisis, que entonces revela también el papel de los demás actores presentes en el panorama de la historia. Es, así, la historia de los campesinos expulsados de sus tierras por no poder pagar el diezmo o el canon al obispo o al abad, pero es también la historia de la propiedad urbana de la iglesia, que aparentemente no guarda relación directa; es la historia del boom de los ferrocarriles en España, pero es también la historia de la extraordinaria corrupción de la corte de Isabel II; es la historia del desarrollismo franquista, pero también es la historia de los presos políticos que construyeron el canal del Guadalquivir; es la historia de las enfermeras que doblaron su jornada de trabajo para atender a los contagiados por la covid-19, pero es también la historia de la privatización de la sanidad pública llevada a cabo por el Partido Popular. Ese panorama no es el de los museos, estático, petrificado, sino que cambia con cada mirada del observador, con cada nueva pregunta que se le dirige, con cada circunstancia que sobreviene en un presente que se entrelaza con el pasado. A diferencia de lo que sucede en física cuántica, aquí la interacción de los sistemas es perfectamente observable y medible.

He dicho al principio de estas páginas, con otras palabras, que toda historia es una genealogía del presente. Cuando este nos plantea escenarios inquietantes y las sociedades humanas presentan señales evidentes de quiebra y desesperanza, necesitamos comprender qué está sucediendo y buscamos en el pasado la clave interna de los proyectos sociales que han llegado a nuestros días y la explicación de por qué otros no consiguieron prosperar. Más allá de sus estragos, la pandemia de covid-19 ha revelado el grado de desigualdad categórica en que vive la compleja sociedad española del primer cuarto del siglo XXI y ha expuesto, casi obscenamente, vergüenzas incómodas: nuestra atención sanitaria misma, cuya debilidad estructural nos ha

sorprendido a todos; el quebranto de nuestro estado del bienestar, castrado por los recortes y la austeridad desde la «Gran Recesión» de 2007; la angustiada epifanía de que sin el turismo nuestra capacidad de generar riqueza es muy modesta; que para seguir adelante necesitamos la ayuda económica de Europa; que no sabemos cómo construir un futuro para nuestros jóvenes en paro; que no encontramos en nuestros políticos esperanza, sino incompetencia o algo peor; que tal vez seguimos siendo un viejo país ineficiente... Necesitamos datos para alimentar respuestas alternativas a las evasivas o consolatorias que se nos ofrecen. Necesitamos pensar históricamente.

El análisis histórico, por complejo que sea, toma cuerpo en narración, en relato. Tiene que ser leído y tiene que ser leído con gusto, porque la satisfacción incita la empatía y la empatía es el motor de la lectura. He escrito este libro poniendo la máxima atención en no dejarme llevar por acuñaciones tradicionales, rehuyendo el material de aluvión y los estereotipos historicistas y economicistas, tratando, además, de no perder el sentido del humor, que relativiza y da profundidad a un tiempo a los grandes dramas humanos. Los capítulos de este libro no están divididos en epígrafes ni contienen titulillos de solución de continuidad, solo espacios en blanco como divisorias. No hay notas eruditas, ni de ninguna otra clase, a pie de página, ni mapas, ni cuadros, ni gráficos, ni aparecen las engorrosas y constantes diferencias académicas, porque este libro no nace de sus exigencias. Sí contiene, en cambio, más de cien textos de época que sirven para comprender cómo vivieron los hechos sus contemporáneos, sus propuestas, sus amenazas, sus promesas, sus mentiras. Son botellas al mar del pasado que alguna vez parecieron portar mensajes de salvación o, por lo menos, mapas para no perderse en la inmensidad del tiempo y del espacio.

Sant Cugat del Vallès, 26 de junio de 2021

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	II
1. HISPÁNICOS	15
2. CRISTIANOS, MUSULMANES Y JUDÍOS	61
3. EUROPEOS Y AMERICANOS	123
4. CASTELLANOS, PORTUGUESES, CATALANES	203
5. PENINSULARES Y CRIOLLOS	289
6. ESPAÑOLES	395
7. MONÁRQUICOS Y REPUBLICANOS	505
8. SÚBDITOS	629
9. CIUDADANOS	735
EPÍLOGO	825
<i>Notas</i>	839
<i>Bibliografía utilizada</i>	847
<i>Índice alfabético</i>	867